



Núm. 2 **Hay que ser
insinuantes**

30 cts. por
Patsy Ruth Miller

LA NOVELA AMERICANA
CINEMATOGRÁFICA

Publicación semanal

Francisco - Mario Bistagne

Director

AÑO I

NÚM. 2

1928
BEAUTIFUL BUT DUMB

Hay que ser insinuantes

Deliciosa novela, interpretada
por

Patsy Ruth Miller, Charles Byer
y Gretel Yoltz

EXCLUSIVA DE
Importaciones Cinematográficas, S. A.
Aragón, 252 - BARCELONA

Postal-regalo: CHARLES MORTON

Ediciones BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis. - Barcelona

Hay que ser insinuantes

(Argumento de la película)

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

Por siglos cantaron los poetas a la mano que
deshoja flores o mece la cuna... pero la mano
que trabaja en la oficina, está en el más lamentable
olvido.

Pero nosotros, siempre dispuestos a cantar, vamos a hacerlo en honor de una muchacha que se pasaba las ocho horas de su jornada de labor tecleando y tomando notas taquigráficas, sin perder un solo segundo en aceptar la charla más o menos insulsa de sus compañeros de trabajo, de ambos sexos.

La taquimecanógrafa en cuestión llamábbase Juanita Brady y era secretaria de Jaime Conroy, que si bien para el negocio de publicidad valía un dineral, y por eso se lo daba, para el conocimiento de las mujeres no valía ni un pito de sereno.

Juanita personificaba la actividad, la inteligencia, el orden, la lealtad, y la libertad, igualdad y fraternidad. Y si nos hemos dejado algo, hagan el favor de añadirlo ustedes mismos.

Y, como dijo cierto poeta bien alimentado, una secretaria es activa por una de dos razones: o ama el trabajo o ama a su jefe, cabe preguntarse qué le ocurría a Juanita. ¿Qué era lo que ella amaba?

¡Ah! Juanita era muy lista, ya lo hemos dicho. Y, puesta a amar, amaba ambas cosas: el trabajo y a su jefe. ¡Qué rica!

Aquella mañana, Jaime llegó al despacho con ligero retraso.

Juanita le había estado esperando con impaciencia, extrañándole su tardanza, que no era habitual en él, pues tuvo siempre el prurito de llegar casi simultáneamente a los empleados; y cuando le vió llegar, su corazón se dilató de felicidad.

El despacho del jefe se hallaba completamente limpio y todo estaba en su sitio. No faltaba en la mesa un pequeño búcaro con alguna florecilla, y en la fosforera de metal, la caja de cerillas, que Juanita, como de todo lo demás, cuidaba de renovar cuando se agotaban las existencias.

Jaime, acostumbrado a hallarlo todo a punto de boca al reemprender el trabajo todas las mañanas, estaba encantado de la vida y por nada del mundo cambiaría a su secretaria.

Pero no vayan ustedes a pensar que Jaime sentía algo así como un principio de amor por

Juanita. No lo crean. Y vamos a justificar nuestra afirmación. Juanita usaba gafas, vestía a la antigua, no llevaba el pelo cortado, sino peinado con ridiculez; y por todas esas calamidades, la doncella, que tenía sus ribetes de romántica, no habíase visto jamás regalada por los oídos de un hombre, porque, francamente, al verla con aspecto de Doña Severa, a todos se les quitaba la inspiración.

El corazón de Juanita era virgen, completamente virgen, hasta que conoció a Jaime, su jefe, tan inteligente para el negocio como por ella admirado.

Lo que más le gustaba de él a Juanita, era su caída de ojos. ¡Ay, qué caída! De buena gana, para una caída así, se dejaría ella caer. Y eso que la nena parecía tonta.

Jaime, apenas en su despacho, aquella mañana, pulsó el timbre que correspondía a su secretaria, y ésta acudió prestamente a tomar notas, como todos los días, pues era a esa primera hora que el jefe despachaba la correspondencia.

Empezó a dictar, pero, suspendiendo el trabajo, se desperezó sin contemplaciones para su secretaria, estirando los brazos como si se los arrancasen, y exclamó:

—¡Qué pocas ganas de trabajar tengo hoy!... Debe ser la primavera.

Juanita consultó el calendario que tenía colgado detrás suyo, en la pared, y vió, en efecto, que la primavera estaba al caer anticipándose un tanto a aquel año.

Pero mirando seriamente a Jaime le dijo:

—Usted no puede ser perezoso. Le falta tiempo para esos lugos.

Jaime encendió un cigarro habano y contestó a Juanita lanzando densas espirales de humo aromado:

—¿Por qué no? Usted conoce tan bien como yo este tinglado y puede sustituirme.

—¿Yo?

—Claro, Juanita. Tenga usted estas cartas, léaselas atentamente y haga usted misma la contestación; y estoy seguro de que a la noche cuando me las presente a la firma no tendré nada que objetar a ninguna de ellas.

Y se marchó del despacho para ir a dar un paseo por los alrededores de la ciudad en automóvil.

Juanita hizo sola el trabajo, toda vez que, como decía el jefe, estaba al tanto de todo, y ni qué decir tiene que se aplicó cuanto pudo, a fin de que Jaime dedicase elogios, al menos para sí, a su habilidad de secretaria.

En la casa de reclamos prestaba sus servicios, en calidad de dibujante, un ser insignificante, un muchacho que, al llegar a cierta edad, en lugar de crecer, estacionóse definitivamente, quedando incompleto. Para colmo, tenía una voz de angelito, un bigote de Charlot ridiculizado, usaba guantes, no fumaba, saltaba al andar, y se enamoraba, en el silencio de los cines aristocráticos, porque él sólo se codeaba con la gente bien, de todas las artistas cisnematográficas, y decímos cisne, por-

que todas querían imitar a este palmípedo, mostrando cada cuello, que ríanse ustedes de la Emulsión Scott.

Ese extraordinario ser, y decímos extraordinario, porque, la verdad, no son comunes, por fortuna, se llamaba, ¡Jesús, qué rubor me da el decirlo!, Tadeo, Tadeito, como le llamaban en su casa, desde que se hacía aguas lo mismo en los pantalones de su papá, que en la cama de su abuelita.

Tadeo ¡ay, Tadeito! dibujaba reclamos, y cuando podía permitirse alguna pausa, intentaba meterse a Juanita por los ojos.

Pero, ¿no habíamos dicho—dirán ustedes—que nadie había regalado los oídos de Juanita?

Es verdad, y lo ratificamos; porque para Juanita, Tadeito no era un hombre, sino un conato de hombre.

Aquella mañana, cuando se hubo marchado Jaime, Tadeo descendió de su nube, o sea, de su altísimo taburete, y se posó, como un palomo, ante la mesa de Juanita. La miró, la remiró, suspiró y volvió a suspirar. Finalmente, le susurró:

—Seis meses llevo pidiendo a usted que salga conmigo... ¿Por qué no me complace esta noche?

Ella, sin dejar de teclear, contestó a Tadeo:

—No soy aficionada a los bailes... y esta noche tengo trabajo en casa.

—¿Cuándo se decidirá usted a complacerme, Juanita? ¡Si supiera usted las ganas que tengo de salir en su compañía!

—Ya le avisaré, Tadeo.

—¿De veras?
 —De veras. Trabaje y déjeme trabajar.
 —¿Será pronto?
 —Cuando no tenga que escribir en casa, acaso muy pronto.

—¿Mañana?
 —O el año que viene.
 —¡Qué ingratona es usted, Juanita!

Y, malhumorado, el dibujante se reintegró a su nube, para seguir dibujando y soñando, más lo último que lo primero.

En la oficina trabajaba también otro tipo, pero éste femenino, digno de presentarlo sin omitir detalle. Era Mary, una verdadera artista oficinista, con un lucido ingreso de fuera y otras cosas de dentro... también lucidas. Pero los que se lucían más eran los que le hacían caso, porque, a lo mejor, se quedaban, *además de sin camisa*, sin una perra chica.

La oficina era para Mary el punto de partida de su negocio. Estaba encargada de recibir a los señores que deseaban encargar la propaganda artística de sus productos o fabricaciones, y a fe que los recibía bien.

Mary era guapa, más que eso: una soberana mujer, soberana para ciertas cosas. Tenía un cuerpo que *pa qué*, unos ojos que *pa qué*, y un palique que *pa qué*, también. Total: un esquimal a su lado, se asfixiaba. ¡Con la calefacción que se traía la niña!

En opinión de Mary, lo que ella hacía estaba dentro de lo lícito. Sabía deslumbrar a los hom-

bres, haciéndoles creer todo y no concediéndoles más que lo que a ella le convenía...

Y, obrando de este modo, vivía espléndidamente, en un piso muy lujoso, vistiendo siempre a la moda y permitiéndose una criada negra y todo.

Mientras los demás empleados trabajaban sin ocuparse de ella, aquella mañana, Mary recibió la visita de un soltero de buen ver—eso de buen ver lo decimos por los kilos que pesaba—, y se dispuso a atenderle coom era costumbre en la “casa”.

—¿Qué desea el caballero?

—El caballero se complace en saludar a la señorita—respondió el recién llegado, cuya cara resultaba un tanto cómica, debido al bigotito que dividía la nariz y el labio superior como una raya de carbón.

—La señorita agradece al caballero la fineza.

—Pero, ¿de verdad que no me recuerda usted?
 —No he tenido nunca el gusto de verle.

—Ni en los periódicos?

—¿Ha cometido usted algún asesinato?
 —¡Caracoles! Quise decir, en anuncios de propaganda.

—Como veo tantos...

—Pues, yo soy Ward, el rey de las corbatas...
 —Se parece usted bastante al de la mermelada.

—¿Es pitorreo?

—Es justicia. Es usted tan meloso...

—No me conoce usted bien... Yo no soy lo que parezco.

—¿No? Eso sí que es raro...

Y Mary, riéndose para sí, se decía que Ward

parecía tonto, pero que lo era más, tal como él decía.

—Usted dirá, señor Ward...—añadió Mary.

—¡Ah! Sí. He venido por negocio, y mirándola a usted... Diga usted, ¿todos los clientes pasan por aquí?

—Todos, porque yo soy la encargada de atenderlos.

—La compadezco a usted.

—¿Tan digna soy de lástima?

—Lo digo porque debe venir cada tío más pesado...

—Figúrese...

—Y es que hay hombres que no saben hasta cuándo les es permitido hablar de cosas ajenas al negocio, con las empleadas que los atienden. Corre mucho necio por ahí...

—Usted, como corredor de sus corbatas, debe saber mucho de eso.

—¡Dios mío, lo que sé!

Y Ward, que condenaba la pesadez de los otros, se ponía insoportable con Mary, hablando por los codos de tonterías, porque, aunque no lo diga ningún adagio, lo decimos nosotros: "dime quién habla y te diré lo que dice".

Hasta que Mary, desviando oportunamente la conversación, la cual Ward acompañaba de inistentes miradas a las bien torneadas piernas de ella, logró arrancarle el motivo de su visita.

—Yo necesito un reclamo atractivo, para vender lo que llevo en el cuello.

Y, acto seguido, el corbatero le mostró el lazo que llevaba, el cual, girándolo con el pulgar y el

índice de cada mano, quedaba convertido en otro lazo, es decir, cambiaba de color.

—¿Ha visto usted? ¡Dos corbatas por el precio de una! ¿Qué le parece mi invento?

—Digno de usted, señor Ward.

—¡Voy a vender toneladas de lazos!

Mary ocultó una risita, y no pudo menos de pensar que bien pudiera ocurrir que, entre tanto lazo, se hallase uno que lo ahogase a él.

—¿Qué anuncio le parece que haga?—añadió Ward.

Mary se insinuó, para no perder el tiempo:

—Lo que usted necesita es una chica guapa... que sepa hacer el artículo... ¡y habrá cliente que se abone!

—No está mal...

—¿Ve usted?—prosiguió Mary, acercándose tanto que parecía que lo fuera a besar, y arreglándole el lazo, como si lo llevase ladeado. ¡Así se vende todo el género!

—Así, hasta uno mismo se vende—murmuró Ward.

La cosa iba por buen camino. Ward quedó en que meditaría y que antes de tomar ninguna determinación la consultaría para ponerla en práctica de común acuerdo. Eso: de común acuerdo, porque un acuerdo entre los dos habría de ser forzosamente algo *insuperable*.

Y Mary pensó, al ver marchar a Ward:

—¡Te caiste, chaquetón!

Lo menos que pensaba sacar de Ward era un vestido de *soirée*.

* * *

Jaime se hallaba en su despacho con un cliente. De pronto, pulsó el timbre que correspondía a Juanita, y ésta, como si presintiera la llamada, entraba en el despacho casi al mismo tiempo.

—Tráigame el contrato de anuncio de Broadwell—le dijo Jaime.

—Aquí está, señor—respondió Juanita; y girando talones, salió.

El cliente miró sorprendido a Jaime, y no pudo menos de decirle, al ver desaparecer a Juanita:

—Es una secretaria ideal. Sabe lo que usted quiere antes de que se lo pida.

Jaime sonrió y dijo:

—Efectivamente, no tiene precio... Pero no dejo que se envanezca.

Juanita, que había terminado un trabajo encargado con urgencia por Jaime, empujó la puerta del despacho de éste en el momento que el cliente y él hablaban a propósito de ella. Se detuvo, no pudiendo resistir a la tentación de oír lo que decían, y a sus oídos llegó lo siguiente:

—Juanita piensa por mí, trabaja por mí, miente por mí... ¡por mí lo hace todo!

El cliente, que tenía confianza con Jaime, repitió con intención:

—¡Todo?

Ante lo cual, Jaime, haciendo un gesto que equi-

valía a “¡Hombre, qué cosas dice usted!”, respondió:

—No sea usted malicioso. Es secretaria únicamente... Una perfecta rueda de este engranaje oficinesco...

—Nunca pensé en Juanita como mujer. ¿Puede usted concebir un fichero sensible?

La infeliz, la enamorada Juanita, sintió un pinchazo en su corazón. Las palabras de Jaime, ajeno a que ella le estaba escuchando, la habían herido en lo más hondo. ¡Compararla con un fichero! ¿Es que él creía que ella no tenía alma?

Tosió, para que los dos hombres suspendieran su para ella poco favorable plática, y después de dejar encima de la mesa de Jaime los papeles que debía entregarle, desapareció llena de dignidad, esforzándose en no romper a llorar allí mismo.

Pero, al sentarse a su mesita, no pudo reprimir unas lágrimas, aunque sin permitir que saltasen de sus párpados, sino asomadas a ellos tan sólo. ¡Qué desengaño! Sin embargo, quería ser fuerte, combatir esa pena, olvidar al hombre que era para ella todos los hombres.

Mary la observaba en silencio y vió brillar en las bellos ojos de Juanita las dos lágrimas. ¿Por qué lloraba? ¿La había reñido el jefe? No, no podía ser. ¡Era tan excelente secretaria!

Juanita habíase calado las gafas; pero así y todo veíasel llorar, tragándose las lágrimas.

Mary, sorprendida e interesándose por aquella criatura insignificante, insignificante por su pro-

pia culpa, ya que no tenía mal tipo ni era desagradable su rostro, se le acercó, y con su habitual sonrisita, le dijo:

—¿Qué hay, chiquita? ¿Es el trabajo lo que te consume... o es otra cosa?

Juanita quiso disimular.

—No es nada, Mary... no es nada. Gracias.

Y seguía tecleando; pero su amargura continuaba reflejada en sus ojos.

Y Mary, buena conocedora de por qué se llora, exclamó:

—¡Qué pena me das, querida!... Has puesto el corazón en el jefe... ¡y él sin enterarse!

—¿Quién te ha dicho eso, Mary?... ¿Por qué supones tal cosa?

—¡Si se echa de ver, mujer! Cuando llega el jefe, pareces otra. Hasta color tienes en las mejillas...

—Te lo habrás figurado...

—Anda, mujer. Entre nosotras, eso es muy natural... No es ningún pecado enamorarse.

—Pero...

—Puestas a hablar, hablemos claro... La culpa es tuya. Si supieras insinuarte, hace tiempo que lo tendrías en el bolsillo... Pero sólo piensas en trabajar.

—¿Qué he de hacer? Para eso me pagan.

—Calma, calma. Cada cosa en su lugar, y un lugar para cada cosa. Bien está que seas trabajadora, pero no burro de carga. Y, lo que está peor de todo, es que seas tan antigua siendo tan joven.

—¿Antigua?

—¡Hija, si llevas un peinado de antes de Jesucristo!

—Siempre he llevado el mismo.

—Me lo figuro. Y siempre te ha perjudicado.

—¿Perjudicado? No sé por qué.

—¡Porque el pelo hace rato que no se lleva así, mujer! ¡Eso lo saben hasta los rorros!

—Son costumbres, Mary...

—Malas costumbres, tratándose de una mujer joven. Además, ¿quién es el sastre sombrío que te hace estos vestidos de seminarista?

—¡Tampoco te gusta mi vestido?

—Oye, Juanita, ¿te has propuesto, contestando así, que me dé un ataque de nervios? ¡Sacúdete un poco, hija, sé moderna! ¡La mujer que quiera enamorar, ha de modernizarse! El hombre quiere belleza física, que es la que seduce, la que deslumbra. Luego viene la del alma, y la que tiene ambas bellezas, puede conquistar el mundo entero. ¡Estamos?

—No me vengas con cosas extrañas, Mary. Yo no entiendo de eso... Cada cual es como es...

—¡Vaya! ¡No puedo consentir que una juventud como la tuya se marchite con ideas niñas! Esta noche te espero en mi casa. No dejes de ir, y verás qué sorpresa te preparo.

—Bueno; iré.

No se figuraba Juanita qué era lo que Mary le reservaba en su lujoso piso.

Cuando entró en el mismo vió a un peluquero,

una masajista y una manicura, esperando ejercer sus respectivas funciones.

—¡Ya está todo arreglado!—le dijo Mary, señalándole a aquellas tres personas.

—¿Qué van a hacer conmigo?

Trató de retroceder, pero Mary la obligó a obedecer, y...

¡Adiós, pelo! ¡Se lo tomaron! ¡Y de qué mala! ¡Tenía tanto!...

¡Adiós, gafas! ¡Se las quitaron! Porque veía igual sin ellas que con ellas, usándolas únicamente para darse un aire más intelectual...

¡Adiós, uñas imperfectas! Ahora brillaban como diamantes rosa.

¡Adiós, arrugas! Todo había desaparecido bajo los efectos de un buen masaje facial.

¡Adiós, Juanita, la antigua!

Y, puestos en plan de despedida, los obreros de la belleza también se despidieron.

Mary contemplaba satisfecha a Juanita. Esta se reconocía muy cambiada, muy favorecida, y sonreía a una secreta esperanza.

Pero aun no estaba completamente transformada. Le faltaba aún modernizarse en lo referente al vestir.

Mary ordenó a su criada negra que le trajese uno de sus vestidos, para que Juanita se lo probase, e hizo desnudarse a ésta.

Juanita se quitó la chaqueta y la falda, y quedó en pantalón rayado y camiseta de lana.

Mary creyó desmayarse de sorpresa.

—¡Qué pantalones, criatura! ¡Son de indígena

cubano, y hay tela para una tienda de campaña!

Ingenua, Juanita respondió:

—Te advierto que son muy prácticos...

—¡No digas horrores! ¿Crees que el hombre que te vea así, puede sentir amor?

Juanita la miró asombrada, y cuando se repuso replicó:

—Lo que no creo es que pueda verme así ningún hombre!

—Una mujer ha de vestir bien, interior y exteriormente, por sí misma. Si yo llevase los pantalones que tú usas, no me atrevería a ir por la calle.

—Pero, ¿es que enseñas los pantalones por la calle?

—Por supuesto que no; pero, sólo de pensar que podía ocurrirme un accidente y que alguien vería esos pantalones, me daría ese accidente.

—No tengo otros, Mary. Siempre he usado los mismos.

—¡Suerte que me tienes a mí!

Y Mary, llamando nuevamente a la negra, le ordenó que trajese uno de los pantalones más suaves de su bien provisto armario.

—Este es el pantalón que debes ponerte.

Juanita observó la fina prenda y la rechazó escandalizada:

—Pero, ¡esto no tapa nada!

—Póntelos y luego mírate al espejo, y si no te gustas, te los quitas.

Juanita obedeció, y contemplándose al espejo con el pantaloncito de blondas, quedó tan maravil-

llada de la nueva forma que adquirían sus encantos, que no titubeó en conservarlos y en cambiar la camiseta de lana por la inverosímil camisita de seda que Mary le había escogido.

Mientras Juanita se cambiaba, Mary se puso al teléfono, que acababa de llamarla.

—¿Quién es?

Escuchó, y, de pronto, interrumpió al que le hablaba, pues era un hombre:

—Apostaría cualquier cosa a que es usted mi simpático amigo Ward, el “rey de las corbatas Dos en Una”.

Era él, en efecto, y se enorgullecio de que su voz causase tanta alegría a Mary.

Ward invitó a la frívola oficinista a ir a cenar, y ni qué decir tiene que ella aceptó, y que, viendo tan hermosa a Juanita con los atavíos que ella le había proporcionado, pensó en hacer conocer a ésta la vida de noche de la ciudad, para que se quitara pronto de encima el lastre de antigüedad; y dijo al corbatero:

—¿Quiere usted que invite a nuestra cena a una compañera? ¡Es una monada!

—Muy bien—repuso Ward—. Yo llevaré a un amigo, y así seremos dos parejas. Hasta ahora, monada.

—Hasta ahora, Rodolfo Valentino.

—¿Es chunga, reina?

—Es justicia, y a ver si el joven que acompañará a usted es algo así como un Ramón Novarro.

—El chico no está mal; ya lo verá usted.

Juanita había estado contemplándose al espejo, pareciéndole mentira que fuese otra compuesta según los consejos de Mary; y ésta, felicitándola por lo hermosa que estaba, porque era hermosa ya de sí, además, le notició la invitación que acababa de hacerle Ward.

—¿Has oido? Era el rey de las corbatas, aunque parece, por lo gordito que está, el de las longanizas. Es muy espléndido. Paga una cena.

Juanita la miraba a través de los cristales de sus gafas. Mary hizo un gesto de desagrado y dijo a su amiga:

—¿Llevas esas vidrieras para que no se te constipen las niñas?

—Las llevo porque con ellas impongo respeto.

—Quítatelas, mujer. Si esos chicos que van a venir te viesen con ellas...

—¿Esperas a unos chicos...?

—Es verdad que no te lo había dicho... He dado una cita en tu nombre.

—¿Una cita?

—Naturalmente. Un muchacho con quien te ejercites en el flirt. Yo puedo aumentar tus encantos; pero a ti te toca ponerlos en juego.

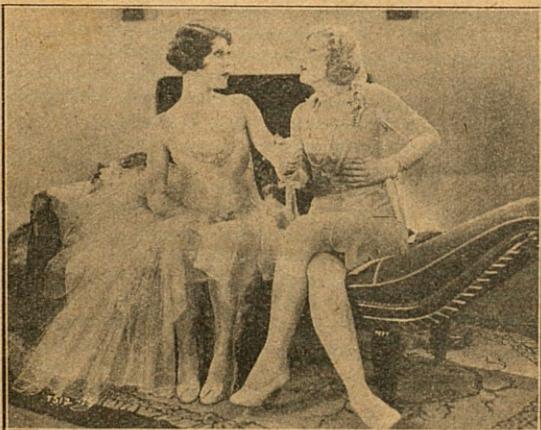
—¡Mira que te haré quedar mal!

—No temas. Voy a enseñarte la forma de recibir a un hombre y de hacerle familiar nuestra casa.

Y empezaron las lecciones. Cuando llamases a los amigos, debían saludarles rendidamente, para que ellos tuviesen, antes de haberse marchado, ganas de volver, ante tanta cordialidad.

Después, si el hombre intentaba cogerle la mano, debía dejarla abandonada, como si la cosa no fuera con ella, y si él pretendía besarla, impónese la ficción de resistir, para, al final, dejarse besar.

—¿Que me deje besar?



—¿Que me deje besar?

—No te alarmes, angelito. Un beso no compromete a nada.

—Pero...

—Es la moda... Y si el hombre estuviese indeciso, animale. El truquito de la corbata siempre es de éxito.

Y le indicó cómo debía colocarse para arreglarle el nudo o el lazo de la corbata al hombre que le resultase tímido y quisiera estimularlo con su roce, juntando casi su rostro con el de él.

Un poco después llegó a la casa el rey de las corbatas, con su amigo.

—A ver cómo te portas—le dijo Mary a Juanita, al oír el timbre de la puerta— Los chicos ya están aquí.

Entró Ward en primer lugar. Mary le saludó contoneándose de lo lindo, y Juanita, imitándola, hizo lo propio; y Ward, gustándole más Juanita que Mary, mostróse sumamente complacido de encontrarla allí. La lástima era que Juanita no fuese su pareja, sino la del amigo, el cual no había subido aún, porque se quedó un momento abajo, esperando que el conductor del taxi que los había conducido al pie de la casa volviese con el cambio de un billete con que le pagó el trayecto.

Mary dió, disimuladamente, un golpe en salva sea la parte a Juanita, y, en voz baja, le dijo:

—Ensaya con otro, niña, que éste es mío...
Vaya una alumna *aprovechada*!

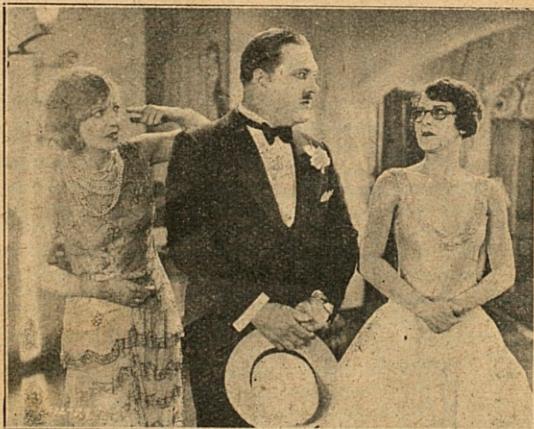
Juanita dejó en paz a Ward; pero éste no cesaba de mirarla, y como Juanita se había vuelto a calar las gafas, le cayó el alma a los pies, como se suele decir, al verla tan cambiada con los cristales montados en oscura concha.

Mary, temiendo que Juanita desencantase al amiguito que no tardaría en subir, le indicó que

se quitase las malditas gafas, y así lo hizo la taquimecanógrafa.

Segundos después, llamaron otra vez a la puerta...

—Debe ser mi amigo—dijo Ward.



... Juanita se había vuelto a calar las gafas....

Juanita se retocó el peinado y el vestido y fué a abrir, extendiendo los brazos en ademán cariñoso y contoneándose de lo lindo.

Pero... ¡carambola! el amiguito de Ward resultaba ser, nada menos, Tadeito.

Juanita no se cayó de espaldas... porque se le hubiese arrugado el vestido.

Tadeo, perplejo, dijo a Juanita, después de haberse asegurado de que era ella:

—Sí que ha cambiado usted en unas horas... ¿Es usted la otra, o es que yo sueño?

—¿No lo ve usted? Soy la de siempre.

—La de siempre, no. La misma, pero cambiada.

—¿Le gusta a usted más así?

—Usted me gusta a mí de todas maneras.

—A usted le gustan todas, ¿verdad?

—Yo quería salir con usted esta noche; pero como me dijo usted que su trabajo no se lo permitiría... Pero, ¿ve usted?...

—Mudé de parecer. Es un privilegio femenino.

Juanita no sonreía. La presencia de Tadeo no era de su agrado. Para compañero de oficina, podía pasar, pero para ensayar las lecciones que Mary le había dado, no estaba adecuado un petimetre como aquél, porque a su lado, en lugar de inspirarse, tendría gana de dormir, para no verle.

Resignóse con su suerte, que era, ciertamente, desastrosa, y las dos parejas se trasladaron al cabaret *El Gato Loco*.

Tadeo estaba contentísimo.

—¿No le emociona a usted haber salido conmigo?—preguntó a Juanita, acercándosele mucho.

Ella, decidida a probar si sabía sacar partido de las lecciones de Mary, fingió que Tadeo le era simpático, y se libró con él al truquito de la corbata. Tadeo llevaba lazo, y al tocárselo Juanita, cayó al suelo.

—Es un lacito de resorte—dijo Tadeo, ruborizándose.

Por dos o tres veces trató Juanita de arreglárselo, pero el lazo no se estaba quieto, y Ward, el rey de las corbatas, le dirigió furibundas mira-



... se trasladaron al cabaret "El Gato Loco".

das... porque aquel lacito era de los de su fabricación...

Tadeo invitó a Juanita a bailar, y ésta accedió, para hacer lo propio que Mary con Ward.

Y al terminar el baile, y mientras los bailadores, desde el centro de la sala, pedían el bis, un caballero que ocupaba una mesa con otro señor,

que acababa de levantarse para ir a decirle cuatro cositas a una de las artistas que terminaban de actuar como gatitos irresistibles, se fijó en Juanita; y, por una grata coincidencia, ella le miró también, y ambos se reconocieron.

El caballero era Jaime Conroy, el jefe de Juanita.

Jaime fué a su encuentro en el mismo instante que la música repetía el baile, y le quitó a Tadeo su pareja, para bailar con ella.

—¡El jefe me ha partido por el eje!—se dijo Tadeo. Pero como estaba acostumbrado a ser suplente en todas partes, se resignó.

Jaime se divirtió mucho con su secretaria, a la que encontró bellísima y dedicó galantes frases, y Tadeo ya no vió en toda la noche a su pareja, disgustándose al tener que pagar la cena de ella, después de haberle dejado plantado por el jefe.

A las dos de la madrugada, Jaime condujo a Juanita al pie de su casa, y despidióse cariñosamente de ella, deseando que fuesen pronto las ocho de la mañana, para volver a verla en el despacho.

¡Qué oculto tenía Juanita que era tan bella, tan fina, tan distinguida!

Y, sin poderlo remediar, se sintió vivamente interesante por aquella chiquilla, que también era dos en una.

* * *

Por primera vez en su vida, Juanita llegó, aquella mañana, con retraso a la oficina.

Presentóse ricamente vestida, y hasta la misma Mary quedó sorprendida. ¡Bien había aprendido la alumna! Y pensó que Juanita se proponía hacer la conquista de su jefe, del hombre al que ella amaba.

Jaime había llamado repetidas veces a Juanita, y estaba sulfurado, no por su retraso, sino porque no la había visto aún.

Cuando llegó a su presencia, quiso mostrarle su disgusto; pero, al verla tan bonita, tan cortita de falda, se limitó a decirle, mientras ella le envolvía en cariñosas miradas:

—Juanita, ha venido usted retrasadita.

—Me acosté tan tarde, jefe—repuso, bostezando, completamente otra Juanita.

—¿Quiere usted sentarse, y le dictaré la correspondencia?

—Con mucho gusto.

Juanita sentóse en un sillón y dejó al descuberto sus magníficas piernas, enfundadas en caras medias de seda.

La visión de los suaves pedestales de la secretaria, hacía perder las ideas al jefe, tanto, que él se vió obligado a decirle, abrigando, además, ciertos propósitos:

—La espero en mi casa esta noche, y trabaja-

remos sin que el teléfono, como usted ve, nos interrumpa...

La excusa era buena, porque habían estado llamando continuamente por teléfono ... y el roce de Juanita, al contestar, le producía un nerviosismo peligroso...



—Juanita, ha venido usted retrasadita.

Y aquella noche, Juanita acudió a casa del jefe.

Este, tentado por las insinuaciones de ella, que él no comprendía en su estricta significación, la tomó por una frívola, por una caprichosa; y apagó todas las luces, dispuesto a sacar partido de la ocasión.

Pero Juanita, desprendiéndose prestamente de los brazos del jefe, le obligó a encender la luz, y le increpó, rojos de pena los ojos:

—Usted se ha equivocado... y me ha equivocado!



.... tentado por las insinuaciones de ella.

Y, sin admitir las disculpas que Jaime, confuso, pretendía darle, huyó de su casa.

Y al día siguiente no se presentó en el despacho.

* * *

Jaime había reflexionado mucho y deseaba volverla a ver. Tanto era así que la llamó por teléfono, pero Juanita respondióle, desde la cama, categóricamente, que no volvería a trabajar bajo sus órdenes.

Otra de las empleadas ocupó, aquella mañana, el puesto de Juanita; pero Jaime la encontró tan distinta de ésta, que se daba a todos los demonios.

A pesar de todo, Juanita amaba a Jaime, le amaba más que nunca, porque le había visto enamorado.

Mary, que estuvo a visitarla a mediodía, le aconsejó, como siempre, que se rindiese; y cuando Jaime, al salir del despacho aquella tarde, volvió a llamarla por teléfono, pidiéndole muy humildemente permiso para ir a verla a su casa a fin de hablar formalmente, Juanita accedió con llaneza.

* * *

Juanita perfumó la estancia donde recibiría a Jaime, y puso muchos cojines encima del sofá. Seguía los consejos de Mary.

Jaime presentóse a la hora convenida, y Juanita, olvidando completamente lo ocurrido la víspera, le tendió cordialmente los brazos; pero Jaime, sin mirarla, rechazó todo intento de tentación.

¿Qué significaba aquella actitud?

Jaime le dijo:

—No puede usted imaginar cómo lamento lo ocurrido anoche.

Pero Juanita le asombró, contestándole:

—Yo he cambiado de opinión sobre ese asunto.

—En fin, no reincidiré... Y como no puedo seguir sin usted, Juanita... vengo a decirle que la necesito, créame.

Ella creía que el amor llegaba al fin para ambos, pero Jaime, viendo en imaginación su oficina, añadió:

—Si viera usted cómo está aquel despacho! Mi mesa es un caos...

Desengañada, Juanita murmuró:

—De modo que usted desea que vuelva... para seguir siendo su secretaria?

—Sí, Juanita... y, si usted quiere, yo le juro que no le volveré a hablar de amor.

—Iré, jefe... en esas condiciones.

Su sueño estaba roto. Volvería a ser la secretaria de siempre; pero, eso sí, vestida a la moderna, para no inspirar piedad a nadie.

Al día siguiente, Jaime la llamó tan pronto la sintió llegar.

—¿Quiere usted sentarse, Juanita, para despachar la correspondencia?

—Con mucho gusto, señor.

Sentóse en el sillón, pero no mostró sus tentadoras piernas. Volvió a ser Juanita, la antigua, pero vestida de moda.

—Comenzaré por leer a usted sus últimas notas, las que escribió en mi casa...

Y leyó:

Me pregunto si está usted pensando en lo mismo que yo... Una casita en el campo y una manada de corderitos, blancos y juguetones...

Juanita palideció. ¡Oh! Recordaba haber escrito eso mientras Jaime, en su casa, vacilaba entre resistirse a la tentación que le ofrecían los encantos de la secretaria desconocida como frívola, y aceptarla sin pensar en las consecuencias de su acto.

Jaime había recogido el carnet de apuntes de Juanita, y en el mismo leyó sus anhelos.

Y había comprendido. La frivolidad de Juanita era ficticia. Alguien la había mal aconsejado.

Juanita, roja como la grana, no osaba mirar a su jefe. Este la preguntó:

—¿Sentía usted eso realmente cuando lo escribió?

Unas lágrimas de amor y arrepentimiento resbalaron por las suaves mejillas de Juanita, y Jaime no tuvo necesidad de oír su respuesta hablada, porque bastaba la que le daban los ojos de ella.

Y le susurró:

—Juanita, este empleo tendrá que seguir sin usted...

—¿Cómo? Pero...

—...¡porque la necesito para mi hogar... para mi vida!

Y venció el buen amor.

F I N



La mejor novela sentimental

La Novela de la Modistilla



Publicación semanal

Números publicados:

¡Y supo defender su amor!

El despertador

Mañana sábado:

La Reina de las Modistillas

Abundante y amena lec-
tura - Artísticas portadas

Precio: 30 céntimos



Elotín Camila

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1